

La memoria del humo

Enrique Arias Beaskoetxea

*Recojo, con algún escalofrío,
la memoria del humo que dejamos...*

Luis Eduardo Aute

Uno

Un día encontraré las palabras adecuadas y serán simples.

Jack Kerouac

No anotaré esos versos
que quedaron mutilados
cuando se cortó el hilo
que unió nuestras vidas;
desconocidos párrafos
que no pude comenzar
cuando estaba prendido
en la telaraña del amor.

No escribiré ese libro
sin título ni índice
que solo se dirige a ti.

No mandaré un mensaje
a los astros que recorren
un espacio ordenado,
lacrimoso y silente.

Mensaje sin propósito
viajando por los límites
de nuestra galaxia.

Pediré a los astros
que te miren con piedad;

tal vez ya haya pasado
el tiempo y el dolor
quemado tu ausencia.

Ahora que es demasiado tarde.

Pediré a la lluvia
que moje tu tierra blanca,
que cuando corras el agua
salpique tus piernas,
tu vestido de verano,
que el pelo húmedo pierda
la textura de la caricia.

Pediré a la tierra
que gire al mismo ritmo
para ti y también para mí
que creí que el planeta
se detuvo en su órbita
por la carga de tristeza.

Pediré al aire
que susurre en tus oídos
una melodía ignota,
para ambos, y tus pies
se muevan espontáneos
antes de que el metrónomo,
tirano, cifre el sonido.

Pediré a la noche
que caiga sobre tus párpados
y no puedas ver la luz
de esa estrella lejana
muerta hace millones
de años-luz, sin conocerte.

Rogaré que las galaxias
desconocidas te inspiren
profecías insólitas
-asíncronas, utópicas-
para tu idea del mundo,
caigas en la extrañeza
y el asombro te persiga.

Rogaré que el presente,
en modo pausa, se acabe
para que pueda respirar
y no me duela el pecho;
mientras tú, tomas aliento
sin ninguna atención.

Rogaré que el pasado,
encerrado en un caja
con polvo y telarañas,
deje de latir y gritar
la tremenda inutilidad
del enclaustramiento.

Rogaré que el futuro
-en el que tú no estarás -
apague tu recuerdo,
este suceso continuo
de dolor y cicatrices;
pero con la piel al aire
para que la brisa y el salitre
aniquilen el espesor
de esta larga añoranza.

Dos

*Se llama nostalgia y sirve para recordarnos que,
por suerte, también somos frágiles.*

Cesare Pavese

No escribiré una carta,
que juré no escribir,
para decir que estoy vivo.

Una carta no enviada
por no tener destino
en la que diga ahora
todo lo que he callado
en este tiempo maldito.

No contaré los métodos
fallidos, torpes tareas,
las listas no completadas
y las buscadas formas
de olvidarte, despegarte
de mi ser, extraviado.

No hablaré de versos
que escribí, de poemas
trazados en mi huida,
de libros editados
sin que nadie notara
esta absurda nostalgia
oculta bajo la tinta.

No guardaré los libros
que consumí febrilmente,
los poemas releídos;
la búsqueda por el mundo
de remedios al malestar,
bálsamos para débiles,
calma para los agitados.

No diré que regresé
a meditar y abandoné
y aún volví otra vez
para situar esta pena
en una marca central
y sacarla del marasmo
oscuro en que se encontraba.

Tres

Tus ojos son la frontera del llanto y de la luz.

León Felipe

No volveré a la mar
pues ya no queda nada
de aquel antiguo paisaje;
no reconocí su color,
su ajetreo, sus mareas.

No me acogió al entrar,
no pude disolverme
en gotas del océano,
ahora faltabas tú,
tu mirada distante,
tu presencia imposible.

No volveré a los acantilados
a soñarte, a decirte
que la luz impuso al agua
un tono verde y amargo;
ni que el viento de oeste
envilece vespertino
nubes llenas de mensajes
hoy ya mudos y fallidos.

No volveré a pedir ayuda
para encontrar sinónimos
que encajen en ese verso
que sobrevuela mi mente
pues ya no lo escribiré.

No volveré a recitar
ese poema por escribir
solo para que tú lo escucharas
y, tras una pausa, me dieras
el sello en el pasaporte
y quedara cerrada la duda.

No volveré a contarte planes
ni estructuras por levantar,
no escucharás mi desvarío
en la alta noche, animado
solo porque tú lo escuchabas.

No volveré a usar
esta nueva oratoria
creada para ti, única,
que se desliza tenue
en la voz que descubrí
tener solo para hablarte.

No volveré a pronunciar
las preguntas incesantes
sobre aquello que te toca,
pues todo era maravilla
descubierta en nueva tierra
que ansiaba recorrer entera.

No volveré a repetir
las mismas cuestiones
que amaba, solo por oír
de tu voz la respuesta
que ansiaba recoger.

Cuatro

Una herida también es un lugar donde vivir.

Joan Margarit

No volveré a recorrer
tu ausente cuerpo con mimo
en cada milímetro perdido:
una cita, un sueño, un hallazgo.

No volveré a nombrar
cada una de tus zonas
ya para siempre intangibles.

No volveré a hacerte el amor
desde la distancia pura,
a sentir tu amor sobre mí;
desde un tiempo anterior
nuestros cuerpos penarán
ya por siempre exiliados.

No volveré a sentírte
lenta, tenue, pudorosa,
mientras mis ojos agradecen
la caída de tus ropas:
deslumbrante arcano
desvelado para ambos.

No volveré a tu interior,
al suspiro; a ser envuelto
por tu cuerpo anhelante
y sin embargo, brumoso.

Ausencia hecha de dudas,
temores y prudencias
hechas para insensatos.

No volveré a dormir
mientras aún esté preso
de tu aliento entrecortado;
no volveré a susurrar
sobre tu piel adjetivos
de amor y descubrimiento.

Cinco

*Ojalá no pueda tocarte
ni en canciones.*

Silvio Rodríguez

Y no diré que me instalé,
ciego y mudo, en un desierto
nocturno, silencioso
y que quieto esperaba,
por temor al destino
que cegara el paisaje,
el viento siroco, feroz
tortura para el perdido.

Y no diré que un río seco
cruza el desierto sin fin,
sin propósito, rémora
de tiempos agotados,
de luces imaginadas
por momentos, un delirio.

Y no diré que hubiera
intento de huida, tan solo
la espera de ser enterrado
bajo una duna, deshacerse
en granos innumerables.

Y no diré que soterrado
no soñé en tu figura,
no ansié tu voz, tu mano
que no habría de llegar
pues allá me enviaste
para no vernos, no sentirme,
no saber siquiera si el fin
había sido conseguido.

Y no diré que deseé
rendirme, aunque sin vigor
comencé a golpear la arena
y mis manos salieron al aire.

Y comencé a caminar
sin sandalias ni destino,
sin visión ni fortuna.

Seis

*Algunas personas sienten la lluvia,
otras simplemente se mojan*

Bob Dylan

Y no diré que cuando olí
el salitre, me supe salvado
de la condena a errar
por donde no hubo caminos.

Y no diré que el agua
abrasó mis labios,
que irritó mi reseca piel,
no limpió mi mirada
ni calmó mi desaliento.

Y no diré que el sol
se levantó muchas veces
antes de que llegaran
la primera penumbra
que pudo apaciguar
mi febril esqueleto.

Y no diré que llegó tormenta
del océano y la bruma
me humedeció, a mí
que no había llorado antes.
Y después vino la lluvia.

Y no diré que hubo
lágrimas en una vida lejana,
que se agostaron, no volverán
pues esa es la maldición
que lanzaste a mi estirpe.

Y no diré que di un solo paso
firme, no pude moverme
pues que no tenía refugio
propio que me aguardara,
que todo estaba perdido
desde que el dolor arrasó
memoria y sensación.

Y no diré que puesto en pie
pensé que aquel lugar
sería el mío en el mundo,
aquel sin huida ni regreso,
el definitivo, muerta
el ansia de vagabundear.

Y no diré que levanté mi casa
para encerrarme del mundo
con muros que no dejaran
traspasar tu recuerdo,
para intentar curar heridas
sin voluntad, sin demora.

Siete

*En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón*

Antonio Machado

Y no diré que pensé en ti,
en el día después
del abandono, aunque
no te guste la palabra.

Y pensé que te despertaste
un lunes, seguiste ritos
de preparación de la jornada,
tal y como si nada hubiera
ocurrido, en la víspera.

Y no diré que te imaginé
volviendo a tu trabajo,
de ocho a tres, más o menos,
sin ojeras, sin palidez,
gesto fino de señora.

Y no diré que seguiste
caminando sobre los tacones
con elegancia natural,
sin tropiezos en escalones,
sin hallar una baldosa floja,
sin detenerte a pensar
en el camino tomado.

Y no diré que imaginé
que tomaste tu coche
y tu mano no tembló,
no dudaste en los cruces,
no aceleraste el ritmo
y tardaste el mismo tiempo
en regresar a la casa.

Y nadie notó nada,
tu voz no tembló una vez
en toda la jornada,
tu mirada no se fijó
en la pared de enfrente
por un instante de duda.

Y no diré que imaginé
que pusiste en marcha
planes para recuperar
tu vida social, lejana.
Y que unas pocas llamadas
bastaron para reanudar
citas, cenas y charlas
hasta casi el amanecer.

Y no diré que imaginé
que reíste fuerte y claro
para demostrar que todo
era parecido, regreso
al tiempo anterior
en que me desgarraste.

Y no diré que imaginé
contando anécdotas vanas
sin dudar un instante,
sabiendo lo que dejabas
fuera, sin remedio,
pues tú volvías a ser
idéntica, recurrente.

Y no diré que imaginé
que jugaste con las cartas
para adivinar el porvenir
del que había sido borrado,
para evitar equívocos,
rastros perdidos de amor.

Y no diré que imaginé
que ya no te apartaste
del camino preparado
en tu cabeza, calculado.

Y no diré que imaginé
que en algún instante
tu voz tembló, suspiraste
sin motivo o temblaron
unas lágrimas en tus pestañas.

Y dormiste, no soñaste,
no tuviste pesadillas

sino imágenes vacías
de contenido y color
que rellenaste después
cuando iba a empezar
otra jornada, un martes.

Ocho

Carpe diem quam minimun credula.

Horacio

Y entonces llegó un tiempo
pleno de silencios blancos,
una travesía del continente
helado donde el viento
crepitaba en los oídos,
la escarcha se acumulaba
en el cuerpo y el aliento.

Y entonces dejó de doler
pues no había recuerdo
ni rastro ni pisada tuya,
fue tan solo desafecto
imprevisto, repentino
que mi alma agradeció.

Y entonces no hubo tiempo
para diálogos absurdos
consigo mismo ni augurio
de tiempo imposible
ni la sombra del fantasma
de tu presencia, aquí y ahora.

Fue un tiempo anestesiado,
tiempo vaciado, blancura
de proyectos y ansias;
espacio necesitado de luz,
espacio sin palabras ni gritos,
espacio privado del tacto,
ternura en adelante
ocupada por un abismo.

Y recordé quien era
antes de ti, aquel tipo
que tenía sueños alejados
que no incluían tu presencia,
aquel que se volcaba en la tarea
para crear, o fingir, un sentir
propio, íntimo, extraño
al mundo y sus estados.

Y las palabras fueron versos
y estos versos algún poema
aún indescifrable, confuso
hasta que el afán diario
creó un manuscrito legible
con apuntes mínimos.

Percepción fugaz, leve,
de una realidad cambiante,
estelas de un paseo vespertino,
rostros del sueño de la noche,
desmayo frente a la mar
que abre grietas de luz.

Mas fue largo el sendero,
volver de nuevo a hablar,
escribir, construir mundos
propios, internos; hiedra
que crece sobre la pared
apropiándose de la piedra,
agarrándose, mezclándose
hasta ser una y todo.

Y llegué a comprender
que no habría espacio para ti
ni tiempo para pensarte,
soñarte, desearte.
Habías quedado fuera
del transcurso del tiempo
que avanzaba sin mirarte,
fantasma de otro tiempo
convertida en imagen inútil.

Y comprendí que el mundo
era otro estado, otro sentir
que me pertenecía solo a mí.

Y desperté un día indistinto
en que no te recordé,
había finalizado el proceso
del olvido que curaba
cicatrices ancestrales,
casi tatuaje en la piel.

Y respiré un aire
que nunca te tocará,
no te nombrará ni te oirá,
llegó el tiempo del olvido
vaciado de ti y tu sombra,
lejano, indiferente
a lo que te ocurriera
allá lejos donde habites.

Y llegó un tiempo nuevo.

Sin lugar para amar.
Sin ocasión para añorar.
Sin tiempo para lamentar.

Y llegó un tiempo nuevo.

Para dejarte atrás.

Para no mirar atrás.

Epílogo

De t'avoir aimé
Charles Aznavour

De t'avoir aimé, aimer comme un fou
Aimé a genoux, bien plus que debout
A n'en plus dormir, a n'en plus manger
Que me reste-t-il, de t'avoir aimé

De t'avoir aimé, de l'âme et des yeux
A n'en oublier, jusqu'au nom de dieu
Pour ne plus avoir, qu'un nom a crier
Que me reste-t-il, de t'avoir aimé

Reste que ma voix, sans écho soudain
Reste que mes doigts, qui n'agrippent rien
Reste que ma peau, qui cherche tes mains
Et surtout la peur, de t'aimer encore demain
Presque mort

De t'avoir aimé, aimé de douleur
A m'en déchirer, le ventre et le coeur
Jusqu'à en mourir, jusqu'à m'en damner
Que me reste-t-il, de t'avoir aimé
Ne me reste plus, qu'un amour
Que tu viens d'écartelé.